



CUARTA PARTE
Sociedad peruana

I. **Violencia y anomia: reflexiones para comprender [1987]***

Ninguna sociología se reduce únicamente a la investigación de los procesos de transformación social que tienden a mejorar a las sociedades. La sociología estudia los sistemas globales y éstos pueden, valorativamente hablando, no sólo mejorar sino empeorar. Pensar que la sociología, desde Comte o desde Marx, sólo es progresista, es decir, optimista, sería revelar tanto una idea muy ingenua de sus alcances como postular una visión más bien cándida de la condición humana y la historia. El porvenir no está programado y es preciso admitir un factor de azar y de indeterminación en los procesos colectivos. Y si los grupos humanos pequeños como las familias y las etnias pueden estructurarse o desestructurarse, para grupos más anchos como las modernas naciones, es siempre posible la evolución como la descomposición. Así, en las ciencias sociales existe también una temática de lo que se desarregla, en la que tiene importancia y significación las expresiones de lo irregular, la fuerza de lo anómico. La noción de anomia ha permitido a la sociología pensar y aproximarse a fenómenos como

* Socialismo y Participación, N° 37, marzo de 1987. pp 1-13

el crimen y el suicidio¹; pero también a manifestaciones más vastas de desviación de las normas sociales.² Si esto es verdad, entonces diversas situaciones de la realidad peruana entre las más inmediatas y dramáticas ingresan masivamente en esta categoría.

Se pensará inmediatamente en el peso que las mafias del narcotráfico puedan tener sobre el país. En el aumento creciente de los secuestros, mal llamados “plagios”, de personas. En los atentados terroristas. Y, en general, en la inseguridad pública motivada por la combinación explosiva de la violencia delictiva y el terror político. Dos distinciones, sin embargo, se imponen de inmediato. La primera tiende a distinguir la violencia política de aquella que Bourricaud llama la “violencia descentralizada”³; es decir, común y espontánea, la cual cubriría en nuestro caso una gama que va desde las crónicas policiales de la prensa sensacionalista hasta la organización de amazónicos aeropuertos clandestinos para el tráfico de cocaína, lo cual es menos espontáneo. Se considera que un substratum común de desagregación social, de malestar de fondo, anima esas sendas manifestaciones del desorden social. La segunda distinción apunta hacia consideraciones de orden moral y ético y que tiene que ver con la organización del Estado y la sociedad. Es vox populi que el Perú es un país violento, por desgracia. Pero la población no sólo está aterrorizada, sino escanda-

-
1. Los trabajos de Emile Durkheim (1858-1917) giran sobre el problema de la integración de los individuos en la sociedad, y por ello, su interés por el suicidio, las formas elementales de la vida religiosa y la división del trabajo. Cf. *Le suicide, étude sociologique*, Paris, primera edición, 1897, segunda edición 1960.
 2. Ver la interesante obra del heterodoxo antropólogo Emmanuel Todd, (*L'enfance du monde, structure familiales et développement*, ed. Seuil, 1984, 252 p.) quien sostiene que tanto en los Andes peruanos como en la Camboya de Pol Pot, el tipo de familia dominante es la misma, la familia extensa, con predominancia de la madre, relaciones laxas parentales y por lo tanto, una común tendencia a la anomia.
 3. Cf. Bourricaud, (la palabra “violence”, p. 610-617, en *Dictionnaire critique de la sociologie*, Paris Puf, 1982) que distingue la violencia estratégica de la anómica. La segunda sería la “descentralizada”. “La mezcla de anomia política y jurídica engendran situaciones que conducen a lo que Poulantzas llama regímenes de excepción”. (ibidem).

lizada. La democracia y la libertad de prensa permiten saber en qué medida los delitos crecen en el Perú combinándose con un creciente deterioro institucional de parte del aparato policial, del desprestigio del poder judicial y en general, en la imbricación entre delito organizado y administración corrupta. En el Perú es corriente ahora hablar de narco detectives, de narco-policías.⁴ La anomia se generaliza cuando no se sabe de qué lado están los que deben encarnar la ley y el orden.

La temática del desarreglo social, sin embargo, no es una de las más ricas de las ciencias sociales peruanas y hay que saber por qué. Aparte de algunos "senderólogos" y "violentólogos", el asunto del crecimiento de la violencia en todas sus manifestaciones no ha merecido el interés debido, pese a que como tema se liga al de la supervivencia o no en el país de instituciones democráticas y transparentes. Lo publicado y dicho es poco ante la magnitud del problema. y en todo caso, se lo ha tratado parcialmente, como un epifenómeno de la miseria o del descontento. Pero ni los comités centrales de los narcos ni los jefes del terrorismo afinan sus orígenes sociales en las capas más bajas, sino todo lo contrario. Pero la anomia también es el degüello de víctimas casi gratuitas en los pueblos jóvenes, el hábito de una violencia casi costumbrista en las relaciones sociales. Raro es el intento de otorgar a esa serie de manifestaciones erráticas de la conducta social un solo campo unificado, como es la invitación de este artículo.

Diremos más. Algunos de nuestros vicios sociales son viejos, como la corrupción de los jueces, denunciada a fines del siglo pasado por el moralista Manuel González Prada. Otros son nuevos, como el poder del narcotráfico a escala. Pero las conductas erráticas pueden incluir fenómenos como la vinculación entre el ejercicio del poder y el enriquecimiento rápido e ilícito, convertido en una virtud dentro de los criterios de la "viveza" criolla. El tema de la anomia conduce a una

4. La República, 2 de febrero de 1987.

severa reflexión que puede ir desde el señalamiento de la anormalidad de algunos de nuestros más banales gestos cotidianos (el hábito de la impuntualidad, el arte del disimulo, la práctica de la flojera) hasta un enjuiciamiento severo y global del sentido mismo de la vida peruana. De alguna manera, volvemos un poco a lo que los primeros sociólogos en los comienzos del siglo llamaron, y no sin razón, “los vicios nacionales”.⁵ Es tiempo de tornar los ojos a nuestra propia sociedad, a nuestros defectos internos. La cuestión de lo nacional anómico o desarreglado conduce a reflexionar sobre lo nacional con tanto provecho como el tema de la dependencia o el imperialismo. No es que estos factores externos del retardo no graviten sobre el país. Es que también existe lo interno, aquello que nos entrapa, y es hora de que sepamos que cierta imposibilidad del desarrollo viene de nosotros mismos.⁶ Hay unos prerrequisitos en el punto de partida de los procesos de acumulación y despegue histórico, según sabemos después de la contribución de Max Weber, prerrequisitos que son éticos y de conducta: es preciso una ascesis, una organización metódica de vida, un cierto puritanismo. Una ética.⁷ No importa cuál: acaba de publicarse una importante contribución del historiador japonés Michio Morishima⁸ que revela que el lugar que Weber atribuía a la moral protestante en el despegue capitalista occidental lo ocupa en el Japón del XVI el confucionismo como punto de partida del capitalismo japonés. Ascético y productor. Que no se tome a mal lo que voy a decir a continuación. Pero, en la

5. Por ejemplo, la obra crítica de contenido social y filosófico con acentos morales de Víctor A. Belaunde, entre otras: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, 1908; *La crisis presente*, 1914; *Meditaciones peruanas*, 1917-1932; *La realidad nacional*, 1930. *Peruanidad*, 1943.

6. En el lenguaje de la sociología de nuestros días, toda esta temática cabe en la noción de lo “intro-determinado”. Cf. Coloquio de Cerilly, *L'Auto-organisation, de la physique au politique*, Paris, Seuil, 1983, 556 p.

7. Una exposición clara sobre las ideas de Weber en Raymond Aron, en *Las etapas del pensamiento sociológico*. Los mejores trabajos sobre el tema del carisma y la ética del trabajo son los de S. N. Eisenstadt, Chicago, 1968.

8. Michio Morishima, *Capitalisme et confucianisme*, Paris, Flammarion, 1987, 316 p.

9. En el sentido que la entiende Raymond Aron; es decir, los partidos políticos de los tiempos

proximidad del 2000, no veo de dónde surja en el Perú de este fin de siglo, de qué clase o grupo dirigente, esa religión secular,⁹ esa moral de hierro sin la cual no hay acumulación ni progreso posible. En todo caso, lo que es terriblemente previsible, es el avance de lo anómico a diversos grados y circunstancias en la conducta generalizada en el Perú de este fin de siglo.

Hoy, el vasto desarreglo que envolvemos con esa noción, ya afecta la eficacia de lo moderno, conspira contra lo informal y también penetra en lo andino y, en suma, amenaza por colapsar todo el sistema. No estamos diciendo que todo comportamiento en el Perú es anómico, todavía. Pero sí postulamos aquí que las zonas de desorganización son ahora tan extensas como lo arreglado, que no es mucho, empresarios modernos o comuneros andinos.

Ciertamente, hay que considerar que los procesos de cambio brutal, como el que afecta desde hace decenios al Perú de la emigración y la urbanización masiva, traen consigo procesos imprevisibles, turbulentos. En ese magma desordenado del cambio social espontáneo hay indudablemente vida, pero también puede haber autodestrucción y anulamiento. La emigración produce, —un ejemplo entre otros— un comerciante informal, saludable, pero también el “achorado”, que es el emigrante que ha perdido los criterios de sanción social de la aldea andina para reemplazarlos por una moral laxa y sin escrúpulos orientada al éxito individual, en el cual no hay sonrojo por el rápido enriquecimiento ilícito o la trasgresión de las normas si ello produce ganancias y, en algunos casos, prestigio. No sólo la vida en Lima se ha vuelto difícil a niveles de convivencia porque la emigración, por un lado, no ha ingresado a los hábitos de urbanidad de los viejos limeños,

modernos con un líder carismático y fieles, constituyen no sólo maquinarias electorales y sindicales sino “comunidades emocionales”. En todo caso, la noción es aplicada a los grandes partidos totalitarios de la primera mitad del siglo XX.

10. Hernando de Soto, *El otro Sendero*, Lima, 1986.

y, por otra, ha olvidado en el camino sus buenas costumbres provincianas; sino que a los viejos vicios republicanos del caos administrativo, la prebenda pública y el hábito de la negligencia, se suman nuevas conductas anormativas, esta vez a escala gigantesca y popular. Así, el andino que para sobrevivir en la gran ciudad tiene que “ponerse mosca” llegará con el tiempo a internalizar el principio tácito y no confesado que para el ascenso social todo vale y que la verdadera regla consiste en que ninguna hay. La conducta anómica es potente por contagiosa, invita a la “hibris” cuya forma en su vertiente “criolla” o “achorada” es el relajo nacional, el país de “lo mismo da chana que juana”. Quizá una de las conclusiones melancólicas que este proceso de difusión de la asocialidad arranca a este observador es que en el Perú no sólo se ha democratizado, o hecho extensible al gran número, la escuela pública, el derecho al voto y el acceso a los medios de comunicación de masas como la radio, sino también las prácticas delictivas. Antes, hubo un delito blanco y patriarcal. Ahora, la descomposición también se halla en las capas populares. Nadie podrá decir qué hemos ganado con ello; y menos, que ganamos algo en ignorarlo.

Conviene, en fin, algún camino o método para proseguir con nuestras observaciones y reflexiones. En primer lugar, será preciso definir la noción misma de anomia, acompañada de algunos ejemplos precisos tomados de la muy abundante información periodística sobre los diversos signos de deterioro material y espiritual en un país no sólo empobrecido por la crisis sino amenazado por el terror y desmoralizado por la corrupción. En segundo lugar, conviene recordar qué es lo que en torno a la idea de descomposición social han pensado autores que nos preceden, en especial en lo que concierne a la profundización de la conflictividad social y la crisis en el curso del último decenio. Por último, conviene abrir una discusión sobre los paradigmas al uso en las ciencias sociales peruanas. Ellas han expresado preferentemente el “cambio social” y deseado el progreso. Quizá esa misma escatología

optimista que nada garantiza (el país en varios sentidos ha retrocedido) prepara esas mismas disciplinas en nuestro medio académico y político a pensar, con dificultad o con disgusto, situaciones de involución. Ha habido, en efecto, temibles novedades en la sociedad peruana, y la aparición e implantación del senderismo es una de estas formas entre otras, de la desagregación del Perú histórico.

1. La conducta errática en el caso peruano. Algunas definiciones canónicas de anomia y patología social

Existe anomia, según el siguiente canon, “cuando las acciones de los individuos no están regidas por normas claras e impositivas” (François Bourricaud, en *Dictionnaire critique de la Sociologie*, París, Presses universitaires de France, p. 20-23, 1982). El mismo autor señala que éste es uno de los conceptos más corrientemente empleados en sociología, aunque el sentido del mismo no es el mismo en Durkheim o en Merton, y no el mismo entre una y otra obra del primero de los nombrados. En general, alude la anomia, dice, como el concepto de alienación en la sociología marxista, “al desarreglo fundamental de las relaciones de un individuo y su sociedad”. (ibidem). Desajuste, fallo, atomización de las conductas (pérdida de “la solidaridad orgánica”, en Durkheim) la noción posee otro significado en Merton: hay anomia “cuando hay duda e incertidumbre en la obtención de las recompensas”. Y en este sentido dice: “un buen ejemplo de sociedad anómica es la República de Weimar, puesto que las instituciones y valores que proponía eran incapaces de despertar un sentimiento de legitimidad”. Como la noción se dispara a múltiples sentidos, Bourricaud mismo añade sagazmente uno: “ciertamente hay sistemas sociales que tienen una estructura tal que sus actores se hallan en la incapacidad de definir objetivos a la vez deseables y realizables, o que ciertas organizaciones proponen a

sus miembros realizar objetivos múltiples e incompatibles". Bourricaud cita un ejemplo de estos fines sociales contradictorios en un dominio institucional que conoce bien, el de la propia universidad. Así, no es evidente que una universidad pueda ser a la vez —contrariamente a una demanda generalizada formulada por la "opinión" y por el sistema político después de la crisis universitaria de los años sesenta— un centro de producción de conocimientos nuevos y un centro polivalente de formación profesional. La incompatibilidad relativa —prosigue— de dos objetivos puede introducir una incapacidad en sus miembros, comprometidos colectivamente a sacar adelante fines contradictorios, condenados a la insatisfacción y, en consecuencia, entregados a comportamientos de "repliegue" o de "rebeldía". Una organización está siempre definida por sus objetivos, señala; habrá anomia en la medida en que los miembros de la organización carecen de la capacidad para realizar los objetivos fijados.

La más saltante de estas definiciones, y la anomia como toda noción muy extendida sufre de una inevitable polisemia, es la que Merton llama la conducta del "innovador": "...aquel que alcanza objetivos valorizados por medios negativamente valorizados, el éxito del criminal por ejemplo". Como en el caso de la "lower middle class" norteamericana estudiada por Merton, las capas populares en ascenso en el Perú, con una fuerte motivación por el éxito individual y material (Tueros, 1983; de Soto, 1986) son incitados por una estructura social donde la economía de mercado y el valor del dinero ("la plata" de los avisos de la televisión) se han universalizado. Aun sea por el camino que Merton llamaría "innovación", y que no es sino "desviación" individual o revuelta colectiva. La coima del funcionario mal pagado y las invasiones de terrenos agrícolas son manifestaciones de que lo importante es llegar a los fines, aun si los medios son ilícitos, o dañinos.

De esta última versión del concepto de anomia hay ejemplos numerosos en los diarios limeños. Por ejemplo, la extorsión de perso-

nas adineradas por personal de la policía de investigaciones. Dice un diario en uno de sus titulares: "Jefe de la división de narcóticos, José Loli Razzeto, encabezaba una banda de ocho miembros destinada a secuestrar, plagiar, y chantajear con la finalidad de enriquecerse" (La República, sábado 31 de enero de 1987). Otro suelto trata del caso de "altos funcionarios acusados de contrabando e irregularidades". Más allá se explica, siempre en la prensa diaria, cómo se descubre una fábrica clandestina de falsificación de certificados de buena conducta, emitidos en la propia Corte Suprema (La República, 1 de febrero de 1987). Entretanto, "una comisión viaja a Selva para investigar narcodetectives" ("Comisión de alto nivel enviada por la dirección superior de la PIP, viajó a Iquitos para investigar las graves denuncias contra jefes y subalternos de la policía, comprometidos con las mafias del narcotráfico en el ámbito de la región amazónica", en La República, viernes 23 de enero de 1987, p. 17). Podemos seguir con los ejemplos, "los innovadores" inescrupulosos en la conceptualidad de la anomia según Merton son legión en el Perú de fines de los ochenta: comerciantes acaparadores, funcionarios coimeros, industriales fraudulentos. Es como si muchos de los que tuviesen poder hubiesen decidido usarlo para un veloz enriquecimiento, algo como un sálvese quien pueda.

En el otro sentido, en el de los fines contradictorios, los ejemplos también sobran. El poder político pide a la prensa que critique constructivamente. Ese es un ejemplo de "objetivos múltiples y contradictorios" en el sentido que le otorga a la noción de anomia el mismo Bourricaud. O cuando el país político exige al gobierno combata el terrorismo sin dejar por eso de censurarlo cuando lo hace. Hay anomia cuando el Presidente le dice a su partido, el aprista, que ha ganado el poder para decirle de inmediato que la ocupación de ese mismo poder, vale decir de la administración estatal, no es la finalidad del partido. Ciertamente, es muy interesante la "meta-política" gubernamental, como el Plan 2000 y otros proyectos de largo plazo, pero es difícil en la lógica del

partido vencedor seguir esperando, cuando ya se ha esperado sesenta años. Unos objetivos múltiples y contradictorios son los que se pide a los estudiantes que preparen la revolución pero con buenas maneras, las mismas maneras que se les pide a las fuerzas policiales y a la tropa antinsurreccional. En cada uno de estos casos, lo que “es lícito” es una cosa, pero lo que es posible, es otra. A un ejército que se le dice que combata pero a la vez que no lo haga, a una prensa que informe y que calle, a una juventud que se rebele y que espere, a unos industriales que ganen dinero y que lo arriesguen, son otras tantas formas cada vez más banales de proponer a un país fines imposibles, es decir, anómicos y generar, por lo tanto, conductas culpables, callejones sin salida.

Otras de las conductas erráticas, fuera de la norma, no son anomia propiamente dicha, pero si “desviación”, patología social. Así, unos 18 niños mueren envenenados con insecticidas en el pueblo de La Unión, Huánuco, víctimas de la negligencia de la panadera Leocadia Pinan, cuyo local irónicamente se llama “aquí se vende lo mejor” (La República, domingo 1 de febrero de 1987). Este hecho policial, tomado entre otros muchos, indica simplemente que el relajo de las normas más elementales ha calado en las prácticas artesanales más sencillas y conocidas. Casi no vale la pena señalar, en cuanto a la extensión del desarreglo, cómo las mismas prácticas relajadas conducen a un número increíble de accidentes de circulación: el país tiene unas veinte veces menos parque de automóviles que un país industrial como Gran Bretaña, pero proporcionalmente, diez veces más accidentes. Los ejemplos de conducta errática pueden tomarse en otros dominios de la vida social: desde el abandono familiar a la negligencia cívica por el ornato urbano, desde la maraña administrativa a las formas de un Estado, pomposo, ineficaz y barroco.

“Un hecho no es sino un acontecimiento verificable. Y no prueba otra cosa que la monotonía con la que se repite. Lo que lo transforma en “prueba” es que se lo categoriza (Manuel de Diéguez, “Savoir et

Violence”, en Encyclopedie Universelle).

Hay, pues, que categorizar. Así, una elemental clasificación nos llevaría a lo siguiente:

- a. Patología social: aumento de la tasa global de delincuencia, de prostitución, de crímenes pasionales, abortos, etc.
- b. Aparición de un tipo de delincuencia organizada, asaltos de bancos, secuestros y chantajes, “nueva delincuencia”.
- c. Aumento de las conductas de desviación y no-conformismo: la “descampesinización” y la “desindianización” en la explicación del senderismo en H. Favre. Y en el mismo sentido, lo que Nelson Manrique llama “el lumpen urbano”.
- d. La anomia propiamente dicha. En la acepción de Merton, de propósitos imposibles de llevar a cabo. Procesos de deslegitimización del poder instituido. De desinstitucionalización.

2. La descomposición social, los comportamientos de sustitución

Hasta aquí se ha descrito situaciones y comportamientos. En cuanto a las causas del aumento de la delincuencia común y, en general, de pérdida de un cierto rubor para delinquir, se halla, sin duda alguna, en el fin del magro pero constante crecimiento económico del país, entre 1950 y 1976. De alguna manera, y por decenios, durante ese lapso de relativa prosperidad, se crearon nuevas capas populares asalariadas obreras y medias. Pero, como el crecimiento económico desapareció durante la última década, se detuvo también, “la movilidad social ascendente”. La parte moderna dejó de integrar. Y la no integración ha empujado a comportamientos de sustitución, a estrategias de supervivencia: de ahí el nuevo sector informal urbano. De ahí las actitudes corporativistas en la política sindical de los llamados “movimientos

populares"; aunque, como lo ha dicho el Presidente, tener un sindicato y un trabajo estable resulta ser una suerte un privilegio. (Discurso de recepción del mando, 28 de julio de 1985).

Cierto, pero de ahí también los coca-dólares. El desguace o transformación de carros (cada día son robados y transformados unos 300 vehículos en todo el país). Del proceso de desagregación social sólo se ha visto el lado más positivo, como es el caso de la informalidad, esa forma de iniciativa privada sin capital. Pero la desagregación acelera la emergencia de diversas formas de violencia, de las que el senderismo es una expresión, otra la delincuencia común, mientras se diluye el aparato del Estado y su policía. El país con algo de organización, desde los sindicatos obreros y las organizaciones populares al propio Estado, enfrenta su más serio reto. El más serio de toda su historia. No sólo hay que preguntarse qué queda del Estado en este país, sino qué queda de organizado, es decir, de sano, de no-anómico.

El desarrollo del desorden es un fenómeno nuevo, sin duda confuso, y puede suponerse debe ser extremadamente difícil medirlo también en otras sociedades, medir el impacto de la mafia en la sociedad italiana y en los medios de negocios norteamericanos. Pero en nuestro caso, el asunto se toma con un gran pudor. Las ciencias sociales en el Perú se habían habituado a reflexionar sobre mecanismos económicos, sociales y culturales que tendían hacia una cierta integración, a la construcción de la nación y de la identidad. Y es difícil para esas mismas disciplinas dar cuenta de lo que tiende exactamente a conseguir el efecto contrario. Pero es tiempo de hacerlo. Se ha comenzado a medir, por ejemplo, el efecto de la corrupción y de la inercia administrativa en tanto que obstáculo real para quien intente obtener las licencias necesarias en el caso de aspirar a una vivienda propia en terrenos eriazos y en el montaje de empresas informales desde el auto-empleo.¹⁰ Un periodista, Marcel Niedergang, ha sugerido que

los coca-dólares intervienen en parte del relativo auge económico del período 1985-fines de 1986. Pero, ¿es esto todo? ¿Dónde comienza y dónde acaba la economía subterránea? Cuando se haya reflexionado y puntualizado con claridad esos aspectos se comprenderán que las fuentes sociales de la violencia vienen de lo que llamamos anomia, y no del sólo efecto mecánico de la pobreza o el subdesarrollo.

3. Anomia y violentismo político

Hasta la aparición del violentismo político, las ciencias sociales daban cuenta, en los decenios de los sesenta y setenta, de un tipo de transformación del país, que podemos llamar “estructurante”. De una manera general podemos decir de esas ciencias sociales, que encaraban la realidad nacional de una manera más rica y variada que la dicotomía clásica construida intelectualmente sobre parejas de oposición del tipo de: costa/sierra, criollo/ andino, Lima/provincias, indio/ y blancos occidentales. De alguna manera este uso, que provenía de los paradigmas puestos en circulación en el pensamiento político y social de los años treinta, en gran parte ha cesado. Y no porque los científicos sociales de los sesenta han “superado” las doctrinas de los treinta, sino porque la realidad misma se ha hecho más fragmentaria y no obedece más a esas fáciles dicotomías, si es que alguna vez obedeciera.

Ciertamente, podemos arriesgarnos a afirmar que actualmente hay un cierto consenso en la intelligentsia y en la comunidad científica de analistas sociales en esta suerte de modificación del paradigma de base, y que algo se ha andado, en la teoría como en la evolución del país, desde los treinta a los setenta. Ese probable consenso giraría

11. Afirmación probablemente cierta, pero nadie ha medido y establecido en nuestro caso nacional las tablas de movilidad vertical, esto es, el pasaje de manuales a no-manuales, de rurales a ur-

sobre las siguientes afirmaciones:

- a. La relación ciudad-campo tradicional, vigente en los años treinta cuando Mariátegui y Haya realizan sus formulaciones se ha roto en el curso de los años sesenta.
- b. La emigración a las ciudades y el vaciamiento de los Andes son, en consecuencia, el fenómeno social más importante del Perú en el siglo veinte, al que alude el historiador Basadre, con el tema de las "Ojotas porfiadas".
- c. En consecuencia, las categorías sociales de "indio" o de "criollo" dejan de cubrir y explicar el comportamiento y la mentalidad de una gran mayoría de la población que ahora pertenece a las nuevas capas provocadas por la emigración + el analfabetismo masivo, la urbanización caótica, en la que se produce una creciente politización y el impacto de lo mass-media.
- d. Sin embargo, la pobreza no sólo ha prevalecido sino que se ha acentuado en el último decenio, por efectos de la crisis. Pero sobre una población que no es más una tradicional ni resignada, sino de nuevos peruanos. En otras palabras, la nación actual es pobre y mayoritariamente juvenil, pluricultural y plurirracial, en donde lo indio y lo español-colonial expresan solo la supervivencia de rasgos minoritarios. Esas categorías no engloban más la realidad de una sociedad mestizada cultural y étnicamente.

Hasta aquí la estructuración del país. Hasta aquí lo que convoca y articula. Pero el auge de la violencia, la temática realmente nueva de la descomposición social, nos conduce a preguntarnos si las categorías que sirvieron para pensar la integración no se revelan inútiles para dar cuenta de una relojería de signo adverso. Esa interrogación ya ha comenzado. Henri Favre razona de la siguiente manera: si es un hecho la paralización del crecimiento económico en el curso de los últimos diez años, y lo dice en 1985, entonces, resulta cierto que la

formación de nuevas capas populares salariales, obreras o medias, se ha detenido y, en consecuencia, también la exitosa integración social de los últimos decenios, todo aquello que Bourricaud y otros llamarán la cholificación, que Arguedas “todas las sangres”, etc. (Dice Favre, a la letra: “L’arret brutal de cette remarquable mobilité sociale ascendente qui avait été une des caractéristique de la société peruvienne dans les années 60”).¹¹

¿Se puede pensar la descomposición social desde las categorías que daban cuenta de la integración? La respuesta es no. Por otra parte, lo descompuesto es a veces lo que se sitúa fuera de la producción, inclusive fuera de las clases. La reciente propuesta de los economistas, por ejemplo, una de las más claras y despejadas mentalmente, conduce a la constatación de que ese país múltiple de los antropólogos es, en economía, un país con heterogeneidad estructural. Esta heterogeneidad tecnológica y estructural que la propuesta económica de Carbonetto y otros descompone en cuatro sectores, no expresa sólo unas variables socio-económicas sino estilos de vida diferentes.¹² Un mundo urbano moderno que utiliza una intensidad de capital relativamente fuerte, un sector informal urbano que no tiene capital y que se autoemplea, un sector moderno rural y un sector andino rural, he ahí lo que compone la heterogeneidad estructural. No hay duda que una clasificación de este orden permite percibir qué progresa y qué se estanca, los flujos de un lado del sistema al otro, los mercados diferentes y de alguna

banos, en cifras y porcentajes de margen, quizá porque los criterios de qué es lo que constituye la clase dirigente, qué la clase media y qué las capas populares, no están aún suficientemente claros. El antropólogo Darcy Ribeiro estableció, afines de los setenta, una escala muy astuta de clasificación de clases sociales en Perú, cruzando ingresos y margen de dependencia y status social de prestigio, pero después nadie ha continuado ese esfuerzo; resulta más cómodo seguir hablando de proletariado, campesinado, a bulto.

12. Cf. Carbonetto y Kritz, “Sector informal urbano”, en *Socialismo y Participación*, número 21, marzo de 1983, p. 21-51.

13. Universidad de St. Etienne, Francia, enero de 1986, en actas por publicarse.

manera —como lo ha probado la eficacia de la política de reactivación económica del primer año de administración del Presidente Alan García— los actores económicos son lo que dice el cuadro de cuatro sectores, y reaccionan en consecuencia. De acuerdo, pero no por ello la violencia ha disminuido. La descomposición social no está en ese enrejado. Los coca-dólares, ¿cómo inciden? La economía subterránea del delito, y es el caso del contrabando, ¿cuánta es?

Volviendo a Favre, éste sostenía en un coloquio sobre el tema de la violencia,¹³ que el senderismo no sólo es un desafío político, sino intelectual. El autor de esta nota no está diciendo que él sabe personalmente qué es Sendero pero sí está diciendo que los demás tampoco saben. Quizá, una manera de ir pensando con alguna posibilidad de acertar en las raíces de la violencia (que es senderismo y mucho más) es admitir que la descomposición social de los años ochenta congrega diversos agravios. Es la crisis inmediata, pero también es la postergación del proyecto de una nación, y mirando hacia atrás, la interrupción del proceso velasquista, el drama del aprismo que llega al poder en una sociedad muy distinta de la que arrancaban sus fundadores, e inclusive la amputación del proyecto del leguismo, que alguno tuvo y de tipo modernizante y capitalista: en suma, la frustración republicana. A esas grandes impuntualidades se añaden otras más actuales. Enumerarlas resulta inútil e interminable aunque sepamos que todo aquello tiene mucho que ver con lo que hoy ocurre en el dramático país que es el Perú: la escisión permanente y ritual de las izquierdas, el radicalismo frívolo e intrascendente que convierte en moda intelectual las corrientes y afirmaciones mesiánicas e irracionales, la prosperidad de algunas de estas confusiones en universidades provincianas.

Entre tanto, nuestros economistas nos dijeron, al filo de inicios de este decenio, que se vivía mal en la ciudad como en el campo. Po-

cos —o nadie— se atrevieron a sugerir que la comunidad campesina, uno de nuestros más sacrales e intocados mitos nacionales, asiste al desplome de sus jerarquías internas, y que comunidades como aquellas haciendas para las que la reforma agraria fue un puntillazo final a un toro moribundo, unas y otras, haciendas y comunidades son parte de una vasta desagregación y hasta decadencia andina cuya crisis ha nutrido la urbana.

A estas mentiras piadosas, que ocultaron la crisis del mundo andino mientras se exaltaba su mitología, se sumaron otras. La acumulación de frustraciones en las invadidas ciudades medias y en la misma capital, la aparición de una población inadaptada, desclasada (los “descampesinos” de Favre) y, en esencia, anómica, lejos del orden integrador de lo andino que había dejado de integrar (sí la tierra, el hombre es huaccha, huérfano, dijo Arguedas) pero también lejos de la modernidad económica y cultural. La atomizada sociedad neourbana fue saludada como un avance. Hubo sin embargo voces cautelosas y, desde los sesenta, algunos médicos y psicólogos señalaron que el emigrante era asaltado en Lima por un “síndrome de desadaptación”. Pero predominó la imagen optimista de la cholificación y la mentira piadosa ha consistido en enaltecer la barriada como una forma dislocada pero finalmente integradora y normal del crecimiento urbano, como forma de adaptación social (en lo cual incurren la gran mayoría de trabajos en ciencias sociales) al tiempo que el paternalismo estatal vehiculó esta ideología de la adaptación sin conflictos otros que los de la invasión de predios urbanos o agrícolas. Y aún hoy no se para de hablar del sector informal con el tono de unilateral optimismo de los decenios anteriores. Y es así como se disocia el crecimiento urbano de la Lima extensa de la aparición de una Lima violenta.

Visto desde otra perspectiva, la emigración masiva no pudo dejar de tener en el caso peruano sus efectos perversos, y esto ha ocurrido en otros casos de emigraciones del campo a la ciudad. Ha

ocurrido en México, y la obra testimonial de Lewis entre otras lo señala. Ha ocurrido en la Europa del XIX, en el Londres que visitara Flora Tristán, escandalizada por las 200 mil prostitutas que ejercían en una ciudad transformada por el industrialismo en sus usos y costumbres más arraigadas. ¿Qué ha ocurrido en nuestras barriadas? De este aspecto de la integración, que es desintegración de la antigua conciencia andina, poco se ha dicho. Aunque intuimos que no sólo ha crecido la solidaridad, sino las conductas egoístas y, más aún, también el aislamiento individual y social, la anomia en barriadas, crecida espontáneamente, bajo el impulso de la crisis, la escasez de recursos y la limitada industrialización. Pero qué poco sabemos de este mundo mórbido e inseguro en donde se rompen las viejas lealtades provincianas y las relaciones sociales se tornan conflictivas, anormales y desorganizadas. Sólo hemos visto lo que en los pueblos jóvenes produce el asociacionismo espontáneo de sus pobladores (los clubes de padres) y no su contrario (los suicidios, el alcoholismo), quizá porque queríamos ver sólo ese aspecto. En definitiva, se ha sacralizado la barriada como en el período de los años 20 la comunidad de indios. La violencia por una parte, Uchuraccay por la otra, deben despertarnos. ¿No ha dicho Max Weber que el pensamiento social comienza por la actitud de “desencanto del mundo”?

Ciertos estudios sociales no son sino el inventario de nuestros propios fantasmas. Para pensar la violencia poco sirve el análisis de las clases porque parte de esa violencia se sitúa fuera de las clases. Es difícil creer que ejecuta el atentado el obrero con trabajo, el trabajador con sindicato, el ciudadano con partido, salvo que se trate de clases herodianas, suicidas. Los estudios sociales tienen dificultad para pensar la violencia porque se orientaron a estudiar lo que estaba estructurado, vale decir los lazos sociales de producción, el conflicto institucionalizado, la competencia intrapartidaria, los antagonismos de alguna manera racionales. De alguna manera, en la andadura de la Izquierda

Unida y del aprismo ha habido sentido común (hasta los penales, y la reciente ocupación de los recintos universitarios). Es decir, un juego racional de discrepancias y acercamientos, porque en el fondo los nutre una misma racionalidad social. Me explico: esas fuerzas políticas se implantan sobre el mundo de los "integrados". Pero en el país también hay "los apocalípticos", para decirlo en uso de las categorías de Humberto Eco. Siempre cabe preguntarse, ¿quiénes son y a dónde van?

Ellos están quizá en las zonas de incertidumbre. En los millares de jóvenes sin trabajo. En los millares de semi-empleados, urbanos como rurales. Si el Estado (sea quien sea su representante legítimo), si la sociedad organizada (contando desde las capas populares hacia arriba) no tiene articulación con esas masas, ellas serán tentadas por la solución autoritaria. Algo habrá que hacer. Algo audaz. Hace veinte años, alguien propuso una red de promotores sociales, un aparato que creará vínculos entre el país ordenado y el país en crecimiento, entre el Estado y los inestables, situados en oficios y ocupaciones artesanales, en campesinado disperso y en pobladores urbanos (Carlos Delgado). Ese proyecto fue censurado y malentendido, fue visto como manipulación, como despilfarro de los dineros públicos en uso del lanzamiento de inútiles promotores sociales. Ese proyecto fue el SINAMOS. Se hizo para cubrir el vacío entre "el país que tiene Estado" (como dice hoy el Presidente Alan García) y aquellos que no lo tienen. Ese proyecto se hizo para articular; hoy quien articula y moviliza es el senderismo.

Lo que aquí se trata de decir es que hay un punto en que la política de la violencia y las consecuencias sociales de la anomia se encuentran. La doble conjunción del desplome de la sociedad tradicional andina y los límites impuestos por la crisis al crecimiento del sector urbano-moderno, sumados a la explosión demográfica, han multiplicado un personal de gente errática y sin destino, de desintegrada condición humana. Es lógico que alguien, que tiene como meta el poder y el poder total, conciba el integrarlos. Si esto es verdad, la

reserva de furiosos y suicidas es interminable. Y si esto es probable, ello explica el atractivo que organizaciones cerradas y secretas puedan ejercer sobre personalidades en crisis de desestructuración. Y no es la primera vez en la historia en que la juventud se ve tentada por una concepción de la vida, sacrificial y austera (y el ideal de vida mitad soldado mitad monje adoptado por algunos movimientos juveniles ha alimentado proyectos históricos tan distintos como el bolcheviquismo y el nazismo). Un aparato al estilo militar ofrece siempre seguridad, un proyecto revolucionario otorga sentido a la existencia, y cuanto más dogmático sea el micro-orden partidario, mejor. Hay un Jefe, hay que obedecer. Para los que vienen de la anomia, más si son jóvenes, la clandestinidad exige (y ofrece) normas, y muy precisas. De pronto el mundo se ordena, se reduce. Hay que matar, hay que morir (de preferencia lo primero). Y hay que atravesar “el charco de la sangre” al que alude un artículo vecino a éste.

Si esto es verosímil, si en el Perú de los ochenta hay una variada violencia política que es de alguna manera la auto-organización de los desclasados, y el historiador alemán Heiden llamó a los nazis “el ejército de los bohemios”, porque ellos eran parte de la descomposición de una sociedad industrial, entonces, otra lectura de la violencia debe desprenderse de estas líneas. El violentismo es un proceso político no sólo contra las clases, cuyos intereses populares actualmente expresan los partidos y organizaciones de la izquierda y en parte el aprismo, sino “fuera” de ellas. No es que las substituye sino las ignora. Esa es su fuerza, que es también la de la determinación y el desprecio. De ahí que sean inútiles las aproximaciones según las antiguas familiaridades políticas o la ideología. La ideología del terrorismo son sus actos, sus figuras retóricas, los cadáveres que deja. Y si esta reflexión está dirigida a los intelectuales en la franja de la izquierda, lo que sigue apunta a los escépticos de la democracia, en especial, la franja dura, policial y militar. Los atentados convierten todo terrorismo en política. El error

contrario puede ser cometido por las fuerzas del orden que conviertan toda política en terrorismo. Siempre habrá la tentación de “congelar” el mundo sindical y electoral con un largo invierno de crecientes prohibiciones. Pero otro es el sentido de las cosas. Cada sindicato en pie, cada huelga, cada municipalidad abierta y, en general, cada gesto de participación política es algo eficaz contra la atomización de la sociedad. Y es la atomización y la anomia lo que nutre la violencia.

Es difícil, sin duda, pensar la actual violencia cuando la clase política pensaba en otra violencia que en ésta. Y cuando el pecado original de las ciencias humanas consiste en que todo las preparaba a analizar procesos racionales aunque las ideologías nunca lo son del todo. Pero el ascenso social de los decenios sesenta y setenta alejaba de la opinión general la idea de que la involución fuese posible, más allá de un eventual golpe fascista militar. Todo estaba muy claro: la lógica del subdesarrollo y la victoria contra éste, por medios reformistas o clásicamente revolucionarios. Esos hábitos mentales prepararon mal a enfrentar situaciones en las que no hay progreso. La historia, sin embargo, no es inteligente. Puede optar por las desintegraciones nacionales, por las errancias, por las sorpresas y la irregularidad. Por el accidente y la catástrofe (René Thom, *Parabole et catastrophes, entretiens sur les mathematiques, la science et la philosophie*, París, ed. Flammarion 1985). Desde un paradigma social que incluya tanto el orden y el desorden deberíamos volver a mirar este Perú de fines de siglo. Quizá han ocurrido en el curso de unos decenios muchas y complejas cosas. Quizá más que todo lo ocurrido desde el impacto de la Conquista. Y sólo el XVI, siglo de hundimientos gigantescos y no menores alumbramientos, se nos compara. El Perú de estos nuestros años se ha hecho y se ha deshecho. Y en un juego de formaciones y transformaciones inmensas, se ha arrancado de cuajo clases íntegras como la campesina y se las ha lanzado al laberinto de una modernidad inconclusa, a la fallada modernidad de nuestras ciudades carenciales.

En esa turbulencia, hay algo de diáspora y de nova, de célula viva y de célula cancerosa, de integración y de desesperación. Manuel Scorza me decía, poco antes de morir, los pueblos son gallinas que ponen huevos monstruosos.

Los primeros textos de José Matos Mar, hacia 1957, trataban de las barriadas, eran trabajos pioneros, de frontera, que sorprendían e irritaban en un mundo intelectual hiperconservador limeño, en el cual la palabra estructura provocaba furores marcartistas. En los años sucesivos no dejaron de aparecer otros trabajos suyos, precisos, concluyentes, sobre comunidades indígenas, la reforma agraria